

# BESTIARIO CLÁSICO

XAVERIO BALLESTER

Universidad de Valencia

## Resumen

Texto del resumen, Texto del resumen, Texto del resumen, Texto del resumen,  
Texto del resumen,

## Palabras clave

*Texto palabras clave, Texto palabras clave, Texto palabras clave, Texto palabras  
clave, Texto palabras clave*

## La Víbora de Demócrito

¡Desdichado joven! Destinado por su tío para la sucesión Marcelo muere a los 19 años ¡dadme lirios a manos llenas! Al escuchar —refiere la vida donaciana— esas palabras la hermana del emperador “se desvaneció y después sólo a duras penas logró recuperarse”, y añade que más tarde le envió al poeta una moneda de plata por cada palabra dedicada a su hijo ¡Caras expensas para un desfallecer! ¡Vil recompensa para una emoción! La anécdota hizo fortuna y, en los venideros, muchos poetas afectos al régimen (alimenticio) amplificarían sus menciones a la casa imperial con la inconfesa esperanza de obtener parejo salario.

Hay otra hermosa, por muy chica y recóndita, y contundente muestra de los efectos del arte. Una ineludible colisión en un cuadrivio, así cuenta el de Queronea en las vidas perpendiculares de Tuberón, Ligario, César y la geometría de los números, la música de las esferas de Cicerón.

Gayo Julio es ahora el dueño de todo el Imperio, y el hombre nuevo de Arpino, a quien sólo los reveses del destino han hecho un hombre viejo y mejor, está defendiendo a un anticesariano. Ante el propio César. De antemano este ha decidido su veredicto. “Quinto es un malhechor y por ende mi enemigo”. Pero el prieto rollo de papiro desde su diestra rodó. Desde su diestra invicta y poderosa.

Enésimo *topos* de la Antigüedad: la fuerza de la mirada. Dicen que toda la estrategia de la sierpe es su mirar aterrador. Mejor hace la mortal arcilla cuando no busca sostener la mirada de dioses, héroes y todopoderosos. Pero el pobre ratolín, el asustado conejillo no han frecuentado ni líricos ni Estoas, y la vertical pupila de la víbora los inmovilizará antes de inglutir sus cuerpecillos, tiernos, pero congelados.

Para el dueño si es que no de la parte buena, sí de buena parte del mundo, la exteriorización de un sentimiento semejante a la de su deuda Octavia, hubiese sido una ostentación de debilidad. Con precisión anatómica los *physici* han dejado descritos los síntomas de aquellos efectos. El escalofrío letal, un eco que sin cesar, César, se repetirá por tus venas, una efímera sensación de vértigo, un cosquilleo en el estómago, un pasajero desmayo en las extremidades, el aire vital por un momento en vilo contenido y, entre palpito y palpito, un arrobo infinito.

No era mucho lo que se pedía al César. Por un solo coro de la *Electra* Lisandro hubo perdonado a toda una ciudad. Quinto Ligario fue absuelto. Con aplomo César se dominaba, como antes hubo domeñado a galos y belgas, pompeyanos y britanos, dominaba su emoción, aplacaba el rugiente océano de sus reacciones ante centenares de miradas, ansiosas de intuir siquiera un suspiro, un gesto, el parpadeo inesperado, una mínima complacencia, un signo de humanidad. Y aquí la congerie, esto es, el ansioso amontonamiento de leña para la hoguera: “¿A qué, pues, desenvainada blandía aquella espada tuya, Tuberón, en el flanco de Farsalia? ¿A costado de quién aquel filo apuntaba? ¿Cuál era el sentir de tus armas? ¿Cuál el de tu mente, de tus ojos, de tus manos?”

Fue sólo un leve rubor y el trémulo indicio en su mano. Y el rollo cayó.

¡Caras expensas para una emoción! ¡Vil recompensa para un desfallecer! ¡Epifanía menuda de sensibilidad inmensa! ¡Costosa clemencia para la verbosidad! Y en inicua recompensa a la merced, en unas idus últimas de invierno, Ligario se sumó a los conjurados. *Iudex damnatur...*

La música amansa las fieras, dice la sabiduría popular. O antigua. Y hasta sana sus heridas. Registra Demócrito que la melodía de una flauta es activo remedio contra la mordedura de la víbora —y el helor de su mirada—, que es como decir, de los mordiscos de los ambos reptiles humanos que —señala Diógenes— con su boca dañan, el que calumnia, Tuberón, y el adulador, Ligario, y cura de lo que nos roen el acíbar y el dolor, que como decir es, Octavia, de las dentelladas del vivir.

